

en los cabildos y demás comunidades eclesiásticas; que no se debía temer ya que las personas legas y los señores temporales, de cualquier calidad que fuesen, usurpasen la colación de los beneficios; y en fin, que durante la sustracción, si acaso se convenía en ella, no se apropiaría el rey las anatas ni ninguna renta eclesiástica. Después de esta declaración, dirigida principalmente á obviar los inconvenientes que los apologistas de Benedicto parecían temer, invitó el canciller á todos los de la asamblea á que procediesen á votar.

Lo hicieron al punto de viva voz en presencia de todos, y cuando llegó el turno á la universidad de Paris, dispuso el rector, para manifestar su confianza é inspirarla á los circunstantes, que se abriesen las puertas de la sala en que se recogían los votos. Sin contar los de las cinco universidades, hubo trescientos, dados así verbalmente. Pero á fin de que fuese más irrefragable la decisión, se pidió á los prelados y á los demas eclesiásticos que extendiesen su dictámen en escritos separados y firmados de su puño. La decisión se difirió hasta el mes siguiente.

De los trescientos votos consignados por escrito, hubo doscientos cuarenta y siete á favor de la sustracción total y sin pérdida de tiempo. El 27 de julio los príncipes y el canciller dieron cuenta de todo al rey, el cual se hallaba bastante aliviado; y por un decreto del mismo día resolvió y mandó el menarca la sustracción. Estaba concebido el decreto en estos términos: «En nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, declaramos que Nos y el clero de nuestro reino no tenemos ya ninguna relación de obediencia con el Papa Benedicto. Queremos que desde este momento no se dé ninguna parte de las rentas eclesiásticas á él ni á sus recaudadores, por cualquier causa ó pretexto que sea. Mandamos

que en caso de vacante de beneficios, se proceda por elección en cuanto á las prelacías, dignidades y todos los beneficios electivos; y que en los demas se proceda por la vía de colación ejerciendo este derecho aquellos á quienes correspondan. Prohibimos rigurosamente á todos nuestros vasallos, y aun á los obispos, obedecer á dicho Benedicto ni á sus dependientes, y encargamos á los jueces territoriales que castiguen severamente á los que contravengan á estas órdenes.

A este acto se siguieron otros muchos. Se publicó una carta dirigida á los cardenales de Aviñon para participarles lo que se habia resuelto, y suplicarles que se uniesen con la iglesia de Francia. Sin embargo de la declaración verbal que habia ya hecho el canciller en presencia de los prelados reunidos, volvió á declarar al rey por un decreto auténtico, á fin de disipar hasta los menores recelos, que no pensaba en apropiarse la colación de los beneficios, ni en aprovecharse de los emolumentos que solian percibir los Papas. En fin, protestó el canciller generalmente y sin ninguna reserva que se deseaba conservar las antiguas libertades de la iglesia de Francia (1); lo que explica así Juan Juvenal de Ursinis, autor de la historia de Carlos VI y después arzobispo del Reims (2): «Se resolvió que el clero de reino volveria á entrar en la posesión de sus antiguas libertades y franquicias, á saber: que los ordinarios darian los beneficios cuya colación les correspondiese; que cesarian todas las gracias espectativas y las reservas; que se procederia en los beneficios por vía de elección, y que su colación seria propia del ordinario.

Por más indispensable que pareciese el

(1) Prueb. de las libert. de la Igles. Galic. p. 450 y sig.

(2) J. Juv. p. 133.

partido que se acababa de tomar, esta resolución repentina y sin ejemplar hasta entonces en la gerarquía, ofrecia mil dificultades que el clero procuró preveer y allanar mientras duró la asamblea, esto es, hasta después del día 8 del mes de agosto. Se puede formar idea de ellas por la circunspección y precauciones que se necesitaron para instituir en estas circunstancias abad de San Dionisio á Felipe de Vilette, sucesor de Juan de Monceaux. La asamblea del clero dió desde luego un decreto que autorizaba en general las elecciones confirmadas por el ordinario sin recurrir al Papa, con promesa de conservar las esenciones en su integridad, y desistir de este modo de proveer las prelacías de los monasterios, al punto que la Iglesia fuese gobernada por un solo y legítimo Pontífice (1). Después de esto concedió el rey permiso á los religiosos de San Dionisio para que eligiesen abad. Hecha la elección, la confirmó el obispo de Paris, Pedro de Orgemont, dió la bendición solemne al nuevo abad, y al mismo tiempo declaró formalmente que no queria perjudicar á las inmunidades y franquicias de la abadía. Era este abad tan estimado de los duques de Berri y de Borgoña por su mérito y singular virtud, que le acompañaron en público desde Paris hasta su monasterio.

Estando ya todo arreglado para el gobierno gerárquico durante la sustracción, se suspendió todavía el estrépito de un rompimiento hasta ver qué efecto producía en el ánimo de Benedicto la última tentativa que se pensaba hacer. El rey y los prelados de la asamblea eligieron para esta comisión al obispo de Cambray; pero como se habia resuelto irrevocablemente obtener la cesión del Pontífice, ó castigarle en caso de resistencia, se dió orden á Juan le Maingre de Boucieaut, mariscal de Francia, para

que acompañase al obispo y levantasen tropas para hacer la forzosa al Papa, si fuese necesario. Estos dos ministros, el uno de conciliación y el otro de severidad, fueron juntos hasta Lyon, donde el mariscal se separó del mediador, dejando que continuase este su camino hasta llegar al término de su viage. El prelado fué admitido prontamente á la audiencia del Pontífice, y le saludó respetuosamente, pero con una reserva que fué el primer anuncio de que no se le reconocía ya por Cabeza de la Iglesia. Cuando el enviado le dijo en términos expresos cuál era la voluntad del rey y del emperador, y que se exigiria igualmente la renuncia de su rival, mudó de color Benedicto y dijo con un tono de voz que demostraba su alteración: «Yo he trabajado mucho por la Iglesia, se me ha conferido la dignidad pontificia; la elección ha sido canónica, y no renunciaré el pontificado. Sepa el rey de Francia que con todos sus decretos no hará que deje de conservar hasta la muerte mi gerarquía y mi trono.» «Señor (respondió el obispo de Cambray), yo esperaba de vos una resolución más meditada. Consultad con vuestros hermanos los cardenales, y considerad sobre todo que no podeis resistir vos solo al imperio, á la Francia y á un á los prelados de vuestra corte.» Oyendo esto dos cardenales favoritos de Benedicto, le dijeron: «Padre Santo, tiene razon el obispo de Cambray: os rogamos encarecidamente que lo penseis mejor, segun os lo propone.» Como el Papa estaba siempre pronto á adoptar todos los medios que fuesen capaces de retardar una providencia definitiva, consintió en ello y se separaron. Volvieron á juntarse el día siguiente á toque de campana, concurriendo al consistorio todos los cardenales que habia en la ciudad; pero Benedicto no desmintió jamás su carácter. Después de haber deliberado bien, después de reflexionar mucho tiempo sobre el asunto

(1) Hist. anon. p. 280.
B. del C., tomo XIX.—VI.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo IV.

to, en ausencia del enviado francés, á quien se mandó salir del consistorio para hablar con mas libertad, y despues de haber oido todas las representaciones y solicitudes de sus cardenales, dió por única respuesta que habia de vivir y morir Papa, sin que ni rey, ni príncipe, ni general, ni negociador alguno pudiesen hacerle variar de resolución. Los cardenales manifestaron su descontento, se levantaron precipitadamente, salieron sin casi mirarle, y él se volvió á su habitacion con mucha serenidad.

El obispo de Cambrai se retiró adonde estaba el mariscal de Boucicaut, el cual se habia adelantado hasta el puerto de San Andrés, distante nueve leguas de Aviñon; y habiéndole referido el obispo lo que acababa de suceder, le dijo: « Señor obispo, vuestro encargo está ya cumplido; yo voy ahora á desempeñar el mio. Nada teneis que hacer aquí. Volveos, pues, y decid al rey que pondré en ejecucion sus órdenes con la mayor puntualidad. » Al momento dió comision para levantar tropas, y mandó al senescal de Beaucaire que cortase toda comunicacion con Aviñon, así por tierra como por el Ródano. Poco despues envió un rey de armas para desafiar al Papa y á la ciudad de Aviñon, esto es, para declararles la guerra. Este desafio consternó á los cardenales y á los ciudadanos, quienes pasaron inmediatamente á representar al Papa el peligro y la imposibilidad de resistir á un príncipe tan poderoso como el rey de Francia; pero Benedicto les respondió con resolución y con una firmeza de alma digna de mejor causa: « Os asustais con poco fundamento: la ciudad es fuerte y está bien provista: Génova y Aragon me enviarán socorros: defended vosotros vuestras murallas, que el castillo corre á mi cargo. »

Entretanto Pedro de Ailli habia dado cuenta en la corte de la obstinacion de Benedicto, y se habian enviado dos comisiona-

dos, á saber, Roberto, franciscano y doctor en derecho, y Tristan del Bose, preboste de la iglesia de Arras, para que publicasen á vista del pertinaz Pontífice la substraccion de su obediencia. Desempeñaron fielmente su comision, y mandaron bajo penas terribles á todos los vasallos del rey, así clérigos como personas legas, que abandonasen el servicio y la corte de Benedicto. Se obedecieron estas órdenes, y aun se retiraron á toda prisa muchos familiares del antipapa, capellanes, auditores y otros dependientes. Llevaban también los comisionados una carta del rey para los cardenales de Aviñon. Ya fuese por respeto á las intenciones del príncipe, ó ya por efecto de las instancias del pueblo, á quien habia intimado Boucicaut que si no le abrian las puertas de la ciudad, quemaria sus viñas y todas las casas de campo que habia en las inmediaciones, tuvieron consejo todos ellos sin tomar la anuencia del Papa y trataron del mismo modo con el mariscal. Se estipuló que él y sus tropas entrarian en Aviñon, y podrian poner sitio al palacio, pero sin cometer ninguna violencia contra los cardenales ni aun contra los habitantes de la ciudad. Salieron de Aviñon diez y ocho cardenales y la mayor parte de los empleados de palacio, y pasaron á Villanueva, donde se aceptó la substraccion y se puso en práctica públicamente (1). Estendieron el acta estos prelados, y la enviaron al rey Carlos con una carta llena de elogios y de aplausos.

Afligió á Benedicto un contratiempo de esta naturaleza, pero no le desalentó. Reducido á cinco cardenales y á los criados que le asistian, protestó que no se someteria, aun cuando le hubiese de costar la vida, y se resolvió á dejarse sitiar. Entretanto recibió algunas tropas aragonesas, no del rey Martin, el cual dijo que no juzgaba

(1) Vit. Pap. t. 2, p. 1132.

á propósito comprometerse con la Francia por sostener los sofismas de un clérigo, sino de Rodrigo de Luna, que las llevó por sí mismo á su hermano el antipapa (1). Se mantuvo pues encerrado en su palacio, donde habia hecho una copiosa provision de víveres de toda especie. En la ciudad se apoderaron las tropas del rey de todos los objetos pertenecientes á Benedicto: se trató con sumo rigor á cuantos dependientes suyos se pudieron haber á las manos y se asestaron contra el castillo las baterías y demas máquinas de guerra que se usaban entonces. Se habian conciliado los cardenales en tanto grado la confianza y el amor de los ciudadanos, que el cardenal de Neufchatel fué nombrado comandante de la ciudad en medio de las aclamaciones de un pueblo numeroso que gritaba por todas partes: « ¡Viva el Sacro Colegio y la ciudad de Aviñon! » Vióse entonces un cardenal con cota de púrpura, con la espada ceñida y con el baston de comandante en la mano marchar en batalla contra aquel á quien miraba como Papa, y hacer fuego contra el palacio pontificio con tal actividad, que alcanzaron al Papa algunas piedras disparadas de un cañon. El cardenal comandante recibió de allí á dos dias un balazo que puso fin á su vida y á sus hazañas militares.

Todo fué igualmente extraordinario en esta guerra singular. Pero el ataque del mariscal no llegó á ser tan brillante como la defensa del antipapa, pues por mucho tiempo estuvieron reducidos los triunfos de los sitiadores á interceptar algunos convoyes y apoderarse de los cardenales de Pamplona y de San Adrian, que habian salido del castillo, encerrándolos en una prision donde fueron muy maltratados. El cardenal de san Adrian murió de miseria, y el de Pamplona adquirió

la libertad á costa de cincuenta mil escudos de oro. Los sitiados cogieron unos treinta hombres que habian querido introducirse en el castillo por un desagadero de cocina, lo que entibió el ardor de los sitiadores, pero sin que unas ventajas tan poco decisivas pudiesen libertar á los que las conseguian del peligro y de los apuros que se iban aumentando á cada momento (1).

Es verdad que tenian víveres para dos ó tres años; pero les faltaba absolutamente la leña en los frios mas rigurosos del invierno. Por otra parte, la insalubridad del aire en un paraje en que, por decirlo así, estaban amontonados los que le defendian; las enfermedades, la falta de remedios, todo, aun sin contar el hierro del enemigo, habian convertido aquel castillo funesto en un teatro de muerte y de desesperacion. En vano algunos aragoneses y otros partidarios del irreducible Pontífice armaron galeras para llevarle refrescos, ó á lo menos para sacarle de su encierro, porque parecia que hasta los mismos elementos se conjuraban contra sus designios estando tan bajas las aguas del Ródano que fué imposible llegar hasta Aviñon. Reducido Benedicto á este extremo, vino por último á tratar de paz con la corte de Francia, mediando para ello el rey de Aragon, el cual envió embajadores al rey Carlos. El abad del monte San Miguel, el caballero Guillermo de Tignonville y el doctor Gil de los Campos que fueron enviados desde Francia á Aragon, recibieron orden para pasar por Aviñon y tratar con el Papa. Se insistió en el artículo de la cesion, y se vió obligado Benedicto á prometer que renunciaria el pontificado, á lo menos en caso de que cediese su competidor por cualquiera causa que fuese. Hicieron además de esto que prometiese no impedir la union por ningun medio directo

1) Froiss. vol. 4, c. 98.

Vit. p. 11

ni indirecto, asistir á las juntas ó congresos que se celebrasen para tratar de dar la paz á la Iglesia, y no salir del palacio de Aviñon sin el consentimiento de los cardenales y de los príncipes que habian sido de su obediencia. Despidió, pues, su guarnicion aragonesa; le tomó el rey Carlos bajo su proteccion, y se le suministraron todas las provisiones que le faltaban. Pero la guardia de su persona y palacio se confió á oficiales franceses y al arzobispo de Narbona. Quedó concluido este tratado en el mes de abril del año 1399 (1).

Entretanto continuaba la sustraccion de su obediencia entre los franceses, y se iba estendiendo de dia en dia por otros Estados. Ya habia sido adoptada por la reina de Nápoles, viuda del duque de Anjou, desde el mes de noviembre del mismo año en que habia sido resuelta en Francia; y en el mes siguiente lo fué por el rey de Castilla (a). El rey de Navarra que se habia hallado en Paris durante la asamblea en que se decretó a sustraccion, la estableció tambien en su reino luego que volvió á él. Al mismo tiempo instaba la corte de Francia á los príncipes del otro partido á que se sustrajesen igualmente de la autoridad, mucho menos equívoca, del Papa legitimo, lo que consiguió Carlos de Juan de Baviera, obispo de Lieja, y de otros muchos príncipes del mismo pais.

(1) Rain. ann. 1399 n. 10.

(a) La sustraccion de obediencia á Benedicto fué acordada en la junta de prelados y doctores que celebró Enrique III en Alcalá de Henares, en la que se hizo y publicó el decreto solemne el dia 12 de diciembre de 1399, aunque otros dicen fué el 1400. Mas no fué durable esta determinacion, ya porque el pueblo principió á murmurar de ella diciendo que se habia tomado mas por agrandar al rey de Francia que por amor de la justicia, ya tambien porque se opuso el rey de Aragon, siempre empeñado en sostener á Benedicto: ello fué que al cabo de tres años, en 28 de abril, se revocó ese decreto en otra junta de prelados y señores celebrada en Valladolid, volviéndose á reconocer á Benedicto, si bien con la condicion de que hubiera de reunirse un concilio general que declarara quién era el verdadero Papa. (N. del E.)

Tambien estrechó al emperador Wenceslao á que cumplierse sus ofertas; pero aquel príncipe, que era tan lento en cumplir sus palabras como pronto en darlas, difirió el asunto hasta la dieta que habia convocado en Breslau. Mas una revolucion que de allí á poco tiempo ocurrió en el imperio, y precipitó á Wenceslao del trono que estaba deshonrando, le dió muy otros cuidados. Los electores reunidos en el castillo de Laenstein á orillas del Rhin, le depusieron, con auencia del Papa Bonifacio, el dia 20 de agosto del año 1400, y cuatro dias despues nombraron por sucesor á Roberto, conde palatino del Rhin. Ricardo II, rey de Inglaterra, mas fiel á las promesas hechas á Carlos VI, halló el principio de su ruina en esta condescendencia, ó por mejor decir, en su indolencia y afeminacion; pues en el curso fatal de este mismo año de 1400, le dieron muerte en la prision donde habia sido encerrado el año anterior, despues de haberse declarado él mismo indigno de reinar, y entregado el cetro y la corona al duque de Lancaster, su primo hermano, que le sucedió con el nombre de Enrique IV. Acerca del artículo del cisma, insistieron siempre los ingleses en la convocacion de un concilio general como único remedio legitimo.

Divididos de este modo los pareceres entre los doctores y las diferentes naciones, eran inútiles por falta de union todos los esfuerzos que se hacian, y por consiguiente no habia podido estinguirse el cisma en el largo espacio de seis años; pero al fin estaba ya dado el impulso á todos los cuerpos eclesiásticos y políticos, y aquel monstruo, generalmente aborrecido, no podia menos de sucumbir luego que se pusiesen de acuerdo los príncipes y los pueblos. El obstinado y artificioso Benedicto XIII tuvo habilidad para volver á conciliarse la estimacion de los que acababan de abjurar su obediencia,

Y aun se llegó á decir que los dos Papas rivales se concertaron entre sí para conservar cada uno su parte en el pontificado, destruido en cierto modo con esta division. Lo cierto es que se levantaron recíprocamente los anatemas que se habian fulminado por una y otra parte. Sin embargo, los criticos que admiten esta suposicion, que en nuestro concepto es calumniosa, añaden

que, conocidos sus desgracias por los dos partidos, produjeron el efecto de reunir entre sí á sus defensores respectivos, y de precipitar la ruina de los dos competidores. Este era el estado de las cosas en el último año del siglo catorce, que se puede considerar como la época de la decadencia del cisma.

LIBRO CUADRAGÉSIMO-OCTAVO.

Desde la decadencia de los fautores del gran cisma de Occidente en el año 1400, hasta el concilio de Constanza en el de 1414.

Al fin de la segunda edad de la Iglesia, las varias naciones de que esta se componia desde la ruina del imperio romano habian salido ya de la barbarie, de la ignorancia, de la supersticion y de las prácticas mas viciosas que son como su consecuencia inmediata. En su genio, sus usos y costumbres, no advertiremos ya mas que aquellas leves variaciones que causan las situaciones diversas. La prodigiosa diferencia que se observa entre la fisonomía de los pueblos antiguos y la de los modernos, si es que podemos esplicarnos así, fué producida principalmente por aquellas expediciones tumultuosas y lejanas que agitaron por espacio de dos siglos á todas las naciones cristianas. Del caos reproducido por este trastorno universal vióse aparecer un nuevo mundo.

Sin embargo, la discordia y las rivalidades intestinas agitaron todavia por mucho tiempo en el siglo XV á estos pueblos re-

novados y tan distintos de sus primeros autores. El duque Federico de Brunswick, sustituido en el imperio al fatuo Wenceslao, fué asesinado por el conde de Waldeck, antes de llegar á coronarse. Roberto, conde palatino del Rhin, elegido en su lugar el dia 25 de agosto del año 1400, no fué coronado hasta el año siguiente en la ciudad de Colonia, porque la de Aquisgran no quiso abrirle sus puertas. Esta ciudad privilegiada permanecía adicta á Wenceslao, quien á pesar de su bajeza de alma continuaba dándose el título de emperador, y se le vió apoyado durante mucho tiempo por una faccion bastante considerable. Le sostuvo hasta el tiempo del imperio de su hermano Segismundo, á quien causaron grandes daños los sectarios de Bohemia con sus frecuentes sediciones victoriosas. No era mas reverenciada en Italia la potestad imperial. Además de las ciudades mercantiles erigidas en repúblicas,